

Capítulo primero

Sobre la razón apasionada

Voy en metro a la Ciudad Universitaria. Estoy más contento que un niño con zapatos nuevos. Hoy empiezo mi libro con Agapito Maestre. Es decir, que voy a trabajarme el regalo que me ha hecho mi amigo. La semana pasada me llamó por teléfono y me preguntó: ¿Qué haces? Yo le respondí que esto, aquello y lo de más allá. Y él desenfundó: Vente a la Complutense y me sacas de mis casillas. Charlamos, me tiras de la lengua y escribes. Trataré de confesarme contigo. Nunca se anda por las ramas, Agapito. Siempre entrando a matar. Este hombre me da la vida. ¡Pues claro! ¿Cuándo empezamos? Y aquí estoy ya en el metro camino de mi libro, de ese hombre-libro y ciudadano mayor que es Agapito Maestre. No he pergeñado notas ni armado esquemas. No es pensador, este Sócrates manchego, que se avenga a los talles. Lo único que llevo encima es la grabadora del móvil y el primero de sus cuadernos que me entró por los ojos: el *Viaje a los inferos americanos. Por tierras de México, Venezuela y Cuba*. Abriré por ahí, al viejo zorro, pegaremos la hebra y haremos camino al hablar. No faltarán lecciones ni batallas.

En realidad, el libro que voy a exprimírle a Agapito solo tengo que ponerlo en negro sobre blanco. Le conozco desde hace una década y hemos tocado ya todos los palos. Sin embargo, mientras hojeo su *Viaje a los inferos* empiezo a ponerme nervioso. ¿Conozco realmente al profesor Maestre? ¿Domino su obra como para sacarle un buen álbum? Agapito era doctor con tres carreras a los veinticuatro años. Eso pasó hace cuarenta y desde

entonces ha construido muchos libros, ha editado y traducido otros tantos, y dirigido y escrito en las revistas académicas y los periódicos de mayor fuste en lengua española. ¡Y qué sabré yo de las categorías que él maneja con rango de cátedra, o de Teoría del Estado y de Filosofía Política! ¿Qué sé yo de los relumbrones con los que él se ha codeado, y de las corrientes mundiales del pensamiento contemporáneo? ¿Qué pueden, en fin, rebañar mis entendederas de la Escuela de Fráncfort, con la que él dialoga en la lengua de Goethe? Y sobre todo: ¿de qué va esta democracia deconstruida, este imperio vencido, vieja partera de la globalización, que llamamos España?

Sí. He ido de sobrao. Soy un imprudente. Diez años juegan en mi contra. Un libro de este porte es algo muy serio. Cuando arribo a destino, el vagón me escupe entre una jarana de estudiantes. Y tras salir del metro avanzo *desinflao* por la Avenida de la Complutense entre facultades y universitarios, como fuera de sitio. No he doblado aún por el edificio de Filosofía. No he llegado a la estatua de Ortega. Pero lo haré enseguida y lo necesito como el aire para venirme arriba. Porque entonces me acordaré de aquello que dijo Julián Marías, y volveré a sentir la luz y el calor de la llamada de mi amigo. Y antes de subir a su despacho ya habremos empezado por Venezuela en la cafetería. Luego seguiremos hablando en castellano para entender Europa. Que no se entiende sin España, Europa, como ninguna de las dos puede entenderse cabalmente sin Ortega. Entonces iremos a Alemania y me explicará eso de la crítica a la Ilustración, los placebos de la modernidad, y sobre todo por qué volvió de Fráncfort más cervantino que el Quijote. También recordaremos sus andanzas en la universidad tardo franquista. Y ya más cerca sus trompazos como funcionario emprendedor para la Embajada de España en Méjico. En fin, que pegaremos la hebra y haremos camino al hablar. Y tendrá razón cuando me diga: Este libro no lo haces para explicarme a mí, sino para

enterarte tú. Pero todavía queda tiempo para eso. De momento por ahí asoma. Ya me sale al encuentro con pila cargada y esa garra que levanta a los muertos. A ver con qué dardo se arranca hoy. Estoy justo donde quiero estar.

I. VIAJE AL ÍNFERO VENEZOLANO

Como llevo encima tu Viaje a los inferos americanos, empecemos por Venezuela.

Ese libro fue censurado por el régimen de Hugo Chávez, cuyos comisarios culturales no soportaban mis críticas a su «movimiento» social. Nunca estuvo expuesto en ninguna librería venezolana.

¿Sigue estando censurado hoy?

No me extrañaría, aunque para serte sincero ni me importa. Pero ya que empiezas por aquí, me estoy acordando de la presentación en Madrid de *SOS Venezuela*, el libro de Laureano Márquez. Uno de los mayores cómicos venezolanos. Un hombre muy bien formado. Hubo un acto en el Teatro Amaya y otro en una librería de la calle de El Pez. Ambos estaban llenos. La diáspora es enorme y ahora hay venezolanos por todas partes.

Un drama complejo.

Uno cree que lo sabe todo, sobre Venezuela, y resulta que no. Yo fui a las dos presentaciones con ciertos prejuicios. Pero para conocer un país es fundamental que sus gentes te cuenten el cuento. Y el nivel de las intervenciones fue elevadísimo. Estaba el director de *El Nacional*. Laureano es una persona muy reconocida. Con una fuerza política podría aspirar a la presidencia de la República.

Siempre que el presidente actual no se reelija antes.

En Venezuela todo está manipulado. Es un narco Estado de manual. Un Estado que convierte a todos los ciudadanos en

delincuentes. La gente se ve abocada al mercado negro. Nadie manda allí dinero porque llegan como si fuesen bolívares. Un país que no tiene un ejército, sino cinco o seis y pertrechados por Rusia, que vive de venderles armas.

También tienen el aliento de la izquierda mundial.

La izquierda mundial apoya a Venezuela porque ya no tiene otra referencia al margen de Cuba, que ha cubanizado Venezuela.

¿Qué salida ves a este infero?

Tienen que quebrar demasiados problemas a la vez. Pero el régimen ha perdido ya la batalla moral, y perderá también la material. El pueblo se ha alzado contra la tiranía. Venezuela es una gran nación que quiere ser lo que puede ser.

La democracia que ya fue.

Y durante cuarenta años, desde 1958, cuando el Pacto de Punto Fijo. Un país petrolero que vivió muy bien y tuvo grandes universidades. ¿Cómo renuncia a eso una gente que ha alcanzado tal nivel de bienestar social y de participación política?

Y puede suceder en cualquier parte.

Por eso Laureano Márquez nos dijo: Lo único que pido a los españoles es que no voten a los criminales. Se refería a la escombrera revolucionaria, y no evidentemente a los grandes conquistadores españoles.

Ni a los virreyes.

Venezuela siempre fue una capitánía general. El imperio español empezó a deshacerse merced a un masón llamado Bolívar. Aunque entonces, durante la Independencia, la mayoría de la población estaba con el comandante Boves. Con España.

Un amigo de Uruguay, el catedrático Daniel Mazzone, cuestiona todo ese proceso «emancipador» en Hispanoamérica: interpelación a los fundadores.

La gente vivía bien. Es una elite política, la que convierte el país en lo contrario de lo que era. No podemos pasar esto por

alto. Como tampoco olvidar a los grandes intelectuales venezolanos del siglo xx.

A ti en Caracas te condecoraron con el Cacique.

Yo viajé mucho a Venezuela. Daba conferencias y un curso de doctorado en la Universidad Central, que es Patrimonio de la Humanidad y un centro donde muchos españoles han hecho excelentes contribuciones. Exiliados y expatriados. El primer presidente de nuestro Tribunal Constitucional, García Pelayo, organizó allí un grupo muy importante de Derecho Constitucional y Ciencia Política. A mí de aquella época me quedan muchos amigos.

Y uno de los grandes, hoy en el exilio, es Laureano Márquez.

Una tragedia de la que debemos aprender. Que sociedades muy desarrolladas pueden caer muy bajo. Por eso es importante subrayar que Venezuela fue la referencia democrática del orbe hispanoamericano durante cuatro décadas. Eso era aceptado hasta por Estados Unidos. Y se contrastaba con Cuba, el modelo de los comunistas. La historia de la política internacional no puede olvidar que en Venezuela surgió un Estado democrático frente a la revolución cubana.

Hoy tu relación con Venezuela es sobre todo de ayuda humanitaria.

Colaboro con varias ONGs para enviar medicinas y alimentos. Los regímenes tiránicos son así desde la antigüedad: restringen los productos básicos para que la movilización popular se agote en conseguir un poco de pan duro. Que es lo que te dan, aunque lo tengan recién hecho.

¿Definirías el régimen venezolano como tiránico?

Quizá es más grave. En Venezuela el totalitarismo es absoluto porque no hay política. En un régimen totalitario, el poder ejecutivo se identifica con el sistema jurídico y con el conocimiento. Lo que dice el poder es la verdad y la ley solo está para legitimarlo. Poder, Saber y Derecho se confunden.

Y ¿se puede aplicar este esquema a Venezuela?

Quizá sea peor. En Venezuela el poder se salta el derecho que genera. Piensa en el autogolpe de Estado que se da el régimen. Montan una Asamblea Constituyente frente a la Asamblea Nacional para hacer otra Constitución. ¿Dialogar? Imposible. Es como pedirle una manta al capo de un campo de concentración. Solo te la da si le convences de que calentito producirás más. Y esto es lo que hay. Porque toda la oposición está fragmentada.

¿Qué puede hacerse desde el exterior?

La reacción exterior es fundamental. Y la Unión Europea está haciendo algo menor pero muy significativo. Canaliza toda la ayuda a Venezuela través de organizaciones no gubernamentales. Una especie de quinta columna.

Tú has defendido en varios trabajos el principio de injerencia moral.

Contraviene esa doctrina internacional de no injerencia que el comunismo impuso durante la Guerra Fría. Que en realidad era una manera de legitimar las tiranías. Nadie entre en Checoslovaquia, decían. Aunque ellos luego sí entraban para asegurar y extender la Unión Soviética. Yo defiendo el deber de intervenir cuando la situación es desesperada.

Por eso te permites esa comparación del campo de concentración.

Con todos los matices. Los campos de concentración soviético y nazi obedecen a un momento histórico, y estudiarlos es una cosa muy seria para los europeos. Pero valga la metáfora para remover conciencias sobre lo que está pasando en Venezuela. Es una sociedad delincuencial de arriba abajo. Un Estado que no cumple sus propias normas. Un Estado salvaje.

Viaje a los ínferos es una exaltación de fraternidad hispano-americana.

Es una crónica filosófico-literaria de mis andanzas por México, Venezuela y Cuba. Un diálogo con escritores que siempre han defendido sus diferencias nacionales, pero preservando esa

seña de identidad común que es la palabra, la lengua española. También coincide que todos eran pensadores liberales; aunque no sé si se puede pensar sin ser liberal.

En México tus referentes fueron Alfonso Reyes y Octavio Paz. En Cuba, Lezama Lima y Dulce María Loynaz. Y en Venezuela Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri.

Y no olvidemos a Carlos Rangel, autor de un libro de los años 60 todavía magnífico para entender la barbarie del marxismo en Hispanoamérica: *Del buen salvaje al buen revolucionario*. La mejor manera de negar la inmensa cultura hispánica es considerar que la América española era un lugar primitivo.

Una sociedad que puede pasar del cuchillo de obsidiana al Kalashnikov porque en medio no hay nada.

Eso es lo que ha sido comunismo en América. Y así lo denunció el gran periodista que fue Carlos Rangel. Un hombre muy inteligente, que lamentablemente al final de su vida acabó suicidándose. Quizá fue uno de los pocos liberales iberomericanos de su generación. De hecho, su libro fue prologado por Jean-François Revel. Otra *rara avis*. No es fácil encontrar liberales franceses en el siglo xx. Pero Revel es, junto con Raymond Aaron, uno de ellos.

2. EUROPA EN ESPAÑOL

Y de los íferos americanos a los domésticos: nuestra cultura como una versión discreta de la cultura europea.

Eso decía un historiador de cuyo nombre no quiero acordarme.

La misma fórmula que denunciaba Rangel. Una España entre el taparrabos y la barricada. El ífero del complejo.

Es imposible pensar Europa sin España. La historia europea está llena de grandes pensadores españoles. Podríamos remon-

tarnos a las *Etimologías*, de San Isidoro, o Alfonso X El Sabio. Pero digamos que la construcción de Europa, al menos desde el siglo XVI, es inconcebible sin la aportación española.

Nuestros humanistas del Renacimiento.

Muy superiores, a veces, a los de otros países. Mira Ginés de Sepúlveda, que hizo la versión latina de la *Política* de Aristóteles y se carteaba con Erasmo para enmendarle afectuosamente sus barbaridades. Es imposible hacerse una idea de la cultura europea sin la *intelligentsia* hispánica.

Por no ir a Séneca.

Por no exagerar con los maravillosos comentarios de Sánchez Albornoz, el último presidente de la República en el exilio, de comunión diaria, que contra Américo Castro recordaba la imposibilidad de entender Roma sin sus emperadores hispanos: Trajano, Adriano, Teodosio. Pero basta con dejar sentado que la modernidad es una obra debida en gran parte a España. Piensa en Carlos V o Felipe II. Europa, sin España, es incomprendible.

Quizá por eso la comprendemos tan poco.

Denunciar hoy la leyenda negra española es casi peor que ignorarla. Pero sí, la injusticia es enorme. Flandes, por ejemplo, dicen que era una colonia. ¡Qué barbaridad! Flandes era español. Igual que tres cuartas partes de lo que hoy es Estados Unidos. Igual que el Océano Pacífico, de arriba abajo, era llamado El Lago Español. Como español es el pensador europeo por antonomasia del siglo XX.

Ortega.

Nadie ha pensado Europa con tanta finura y grandeza como Ortega. Yo creo que Ortega es odiado en España por haber defendido mejor que nadie dos cosas: la construcción del Estado nación y su sentido dentro de Europa.

Algo que no llevan bien los que se adornan de cosmopolitas.

Ni los castizos que solo se identifican por el suelo, la tierra o la lengua. El Estado nacional es algo que se construye.

Pero con base histórica.

Lo más importante es la construcción nacional. El futuro de la nación. No hay nación sin proyecto. El tradicionalista basa la nación en la imposibilidad de superar su herencia. Pero las tradiciones también tienen perversiones que debemos superar.

También la utopía es perversa.

El utópico niega su historia y dice salvajemente: todo lo vamos a definir en el futuro. Pero eso es indefinible y de ahí la revolución.

Que Ortega denuncia.

Ortega es el mayor crítico de la revolución, y del nacionalismo historicista, que ha dado la filosofía europea en el siglo xx.

Por eso su idea de nación es dinámica, no ontológica.

Ahí está la genialidad de Ortega. La nación como *dynamis*, como construcción permanente. Es el conflicto de hoy entre el bipartidismo y los grupos emergentes, entre el parlamentarismo y el populismo. El inmovilismo del Estado contra la *dynamis* de la nación política, que es la sede de la genuina política.

La nación que medita Ortega.

O más recientemente pensadores como Gustavo Bueno. Su *España frente a Europa* es un libro magnífico. La supuesta inferioridad del pensamiento español es por desgracia un complejo muy extendido. Yo a veces todavía tengo que escuchar que nuestro nivel político no se puede comparar con el de Alemania. ¡Afortunadamente!

Los españoles guerreamos entre nosotros; los alemanes, contra todos los que no son como ellos.

Eso lo aprendí con Julián Marías, en una larga conversación que me concedió en compañía de César Alonso de los Ríos. Los alemanes han causado dos guerras mundiales. Los españoles, para mayor suerte del mundo, hemos tenido más querencia por matarnos entre nosotros.

Entrevista que salió en ABC y recogiste en Latidos culturales.

Fue la última que concedió Julián Marías. Recuerdo que mientras departíamos sobre nuestra formación germánica me dijo: Agapito, nosotros tenemos una inmensa filosofía y eso lo dirá el futuro. Luego me lo fundamentó y creo que tenía toda la razón.

Nos leemos poco y mal.

Si los alemanes son superiores en la industria del acero, entonces tendremos que compararnos con ellos en eso. Pero tratar los productos intelectuales de España como una cosa menor de la cultura europea, ¡por Dios!, eso es entregarse al enemigo.

Quizá nuestro problema de magnitud sea el contrario.

Recuerdo ahora una exposición dedicada a un arquitecto genial. Un ilustrado de Ciempozuelos que se formó íntegramente en España. Nunca hizo el preceptivo viaje a Italia. Sin embargo, Ventura Rodríguez es el creador de las iglesias más bellas de nuestra Ilustración. Un hombre influido por esa geometría perfecta del Monasterio de El Escorial, negación de nuestro Barroco. En el Madrid de Ventura Rodríguez está todo: Cibeles, Neptuno, la Fuente de la Berenjena... Por no hablar de la Iglesia de San Marcos. Un templo modernista bellísimo que tenemos en la calle de San Leonardo, detrás de la Plaza de España. Pasas por delante y parece que estás en Roma, cuando ves eso.

La Ilustración española.

Es que Ventura Rodríguez fue un ilustrado. Pero no digo esto contra el tópico lastimero de que no hemos tenido Renacimiento e Ilustración. Al revés. ¡Nosotros lo hemos tenido todo! Y muchas veces en mayor cantidad y de mejor calidad.

3. EL MAGISTERIO DE ORTEGA

Ortega está en bronce junto a la Facultad de Filosofía, pero ¿vive dentro? Hace poco, un profesor universitario me enseñó un artículo

suyo en defensa de la enseñanza de las Humanidades. Un texto muy bien apuntalado sobre citas de Martha Nussbaum, Daniel Bell o Paul Ricoeur. Pero escrito de espaldas a Misión de la Universidad o los apuntes de Aspen.

Acabas de dar en el centro de la crítica a la recepción española de Ortega. Ese artículo académico, rebotante de citas, seguramente es un trabajo magnífico para firmarlo en Sebastopol o en la Cochinchina. Y Nussbaum y Bell están muy bien. Pero ¿por qué no ir directamente a *Misión en la Universidad*? Esa es la clave. Ortega no es leído. Mejor dicho: es el filósofo más leído por la gente de a pie, pero silenciado por los académicos y profesores.

Mal digerido por la academia.

Ortega está al margen de la academia. Claro que hay trabajos, más o menos dignos, que lo citan y abordan. Ahí tienes cuatro estantes llenos de libros sobre Ortega...

Veo por lo menos un centenar.

Todos políticamente correctos. En todos se reconoce que Ortega es un sabio. Pero dominical. Un filósofo para los domingos. El político y el académico citan a Ortega en sus discursos festivos. Pero durante la semana, Ortega y sus grandes aportaciones no existen. O lo critican en libros mazorrales que nadie lee porque son aburridos y están mal escritos.

De todos ellos das cuenta en El gran maestro.

Hay libros perversos, sobre Ortega. Títulos como *La razón y la sombra*, de Elorza. O como *El maestro en el erial*, que en un país normal nunca se habría publicado... En fin.

Ortega está estigmatizado porque regresó a España en 1945.

Eso el pensamiento políticamente correcto no se lo ha consentido. Pero entra en cualquier librería y verás que la respuesta del librero no cambia: Ortega siempre se vende bien. Debe seguir siendo, con Unamuno, el autor más leído en España.

¿Cuál es el gran magisterio de Ortega?

Haber sido, sencillamente, un filósofo-ciudadano. Esa es la mayor aportación de Ortega a la filosofía española. Sin embargo, la mala academia tiene a Ortega por un mandarín de la cultura. Uno que quiso ser filósofo-rey y fracasó en el intento.

Falso, reprochas.

Todo Ortega es la obra de un filósofo-ciudadano. Desde las *Meditaciones del Quijote*, hasta sus últimos trabajos en torno a Europa o la filosofía de la historia de Toynbee. La obra de Ortega no se puede separar de la circunstancia de su país. Esto se ve perfectamente en las *Meditaciones*. . . Y en ese texto prodigioso que es el «Prólogo para alemanes», que no quiso publicar durante el nazismo.

«Toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España», escribe al inicio de sus Obras Completas.

Así de sencillo. Pero esa gran verdad ha sido opacada. Casi todos los estudios actuales sobre Ortega niegan eso. De ahí mi crítica, que es la más importante que hago a la recepción orteguiana.

¿Qué escritor se atrevería hoy a presentarse así?

Algunos que hacemos humildemente nuestros libros. Miren, aquí les dejo esto como servicio a mi país, para construir la nación. La mayor aportación política que un escritor puede hacer a su país es su propia obra.

¿Fracasó el maestro?

No. El fracaso es nuestro. Su obra sigue más vigente que nunca. Sus ideas, sus conceptos y creencias, sus frases. Ya los títulos de sus libros son inmortales. Una cabecera como *España invertebrada* vale más que todos los comentarios que podamos hacerle. Y qué decirte de *La rebelión de las masas*.

Para hablar de masa, los hay que prefieren a Elías Cañete.

No hay un libro serio sobre el concepto de masa que ignore la contribución orteguiana. Es verdad que se cita mucho a Canetti; cuyos antepasados sefarditas, ya que lo deslizas, eran de un pueblo de Cuenca. Pero Canetti es otra cosa.

Masa y poder.

Un libro sobrevalorado en el pensamiento contemporáneo. El concepto de masa en Canetti es antropológico, etnológico. Sin la profundidad y las aristas que tiene en Ortega. El concepto orteguiano de masa es de mucho más calado. Con una dimensión histórica que lo hace más rico para nuestra época. Pero si le dices eso a un profesor universitario se quedará un poco extrañado.

En el Viaje a los ínferos comparabas ambos enfoques.

Hago una reivindicación subterránea del concepto de democracia en Ortega. De su vigencia. Lee hoy *Vieja y nueva política*. Un concepto ahora muy utilizado. De Ortega, repito, bastan los títulos. Es terrible contrastar su obra con lo que se dice sobre él.

La falta de crítica.

En una *sociedad intelectual*, crítica estética y arte van unidas. La creación tiene que ir acompañada de la crítica. Esta noción la inventaron los griegos. Ellos tuvieron grandes escultores, arquitectos, mucho teatro, pintores... Pero también los *Diálogos* de Platón o la *Poética* de Aristóteles. Que fueron la crítica de ese arte.

Y tú pides una nueva recepción de Ortega, porque su obra de creación filosófica no ha tenido el acompañamiento crítico que requiere.

Ortega fue nuestro filósofo-ciudadano número uno. Y el primer problema que vio en España fue la creación del Estado nacional. ¿Y por eso le llaman nacionalista y mandarín de la cultura? Seamos serios. Ortega participó de la vida cultural y política, dando su opinión como uno más. Pero siempre se negó a liderar un partido.

Pero hizo política.

Participó en el Partido Reformista de Melquiades Álvarez. Y luego con la Agrupación al Servicio de la República. Pero nunca como dirigente. Los discursos de su etapa política más intensa, a partir del año 31, parecen como la *Oración fúnebre* de Pericles. Siempre empieza como disculpándose por alzar su opinión.

Su filosofía.

Ortega es un filósofo de la política. Esta es la gran verdad. El magisterio perdido de Ortega. ¡El gran magisterio de Ortega es que regresó a España en 1945! Hombre, me dirán, ¿cómo va a llamarle a eso gran magisterio? Pero ahí está el toque. Porque no es que viniera con Franco, sino durante el franquismo. Ortega volvió a su nación. A su patria. Luego, por otro lado, está ese vicio terrible de apostillarle siempre: eso que dijo Ortega ya estaba en la Fenomenología, y eso otro en el Historicismo, etc. ¡Qué más da donde estuviera! Lo importante es el producto que supo sacarle Ortega a todo eso.

Tú defiendes que la orteguiana es la mayor escuela filosófica del siglo XX.

Que me digan una escuela filosófica comparable a la de Ortega en cantidad y calidad. ¿Ortega es un filósofo? Sí. ¿Discípulos? Julián Marías, José Gaos, García Bacca, María Zambrano, García Morente, Rafael Dieste... ¿Influencia crítico-literaria? Rosa Chacel, Octavio Paz, Gabriel Zaid... Y podríamos seguir citando autores desde los años 30 hasta hoy.

Un traductor como Pérez Bances, el jurista Recasens-Siches o un economista de la talla de Luis Olariaga.

Compara esto con la filosofía europea de posguerra. Francia. ¡Ah, la filosofía existencialista! ¿Quiénes son? Lo digo porque algunos consideran a Sartre un divulgador de Heidegger. Pero venga, ¿cuántos discípulos tiene Sartre? ¿Es que hay alguno? Alemania. ¡Hombre, la Teoría Crítica! Adorno, Horkheimer, Marcuse... Muy bien. ¿Y cuántos más? Pues si Habermas es discutible ya no hay tantos. Italia. Gianni Vattimo es de los años 80 y viene de Nietzsche. En cuanto a Estados Unidos, John Rawls es un gran pensador. Pero ¿cuál es la escuela de Rawls? ¿Y qué escuela ha creado en Inglaterra historia de las ideas de Isaiah Berlin? Perdona que sea tan exagerado y caricaturice. Pero en cantidad y calidad, no hay escuela de pensamiento como la española.

Que también analizas por temas.

Mira una pensadora como María Zambrano, que en muchos casos supera a Ortega. Porque los discípulos de Ortega a veces le superan. He aquí el sello de una verdadera escuela de filosofía. ¿Ha pensado la religión, Ortega? Sí, ha hecho calas y abarcado las figuras del teólogo y el místico. Pero ¿llegó a captar la dimensión que le dio a Dios Xavier Zubiri? ¿Aventuró Ortega, como lo hizo María Zambrano, que la calidad de una cultura depende de la calidad de sus dioses? Una reflexión, por cierto, fundamental para el pensamiento contemporáneo.

Su influencia en el extranjero también es impresionante. La crítica a la tecnología de un sociólogo como Neil Postman, por ejemplo, es incomprendible sin la Meditación de la técnica. Por no hablar de La estructura de las revoluciones científicas de Thomas Kuhn, a la que Ortega se adelanta treinta años.

Ortega es universal. Yo no he recibido clases de Ortega, decía Albert Camus, pero por la lectura de sus libros me considero su primer discípulo.

No es algo que se cuente mucho.

Y poca gente sabe que cuando Camus se mató en una carretera de Borgoña, entre los libros que llevaba en la guantera de su coche había uno fabuloso de una discípula de Ortega. Me refiero al ensayo de María Zambrano *El hombre y lo divino*. Camus quería que sus editores lo publicaran en Francia. Zambrano también tuvo grandes lectores en el extranjero.

El pensador rumano Emil Cioran la admiraba muchísimo.

No vendió su alma a la idea, decía de ella.

Sería muy fácil editar una antología española de Ciorán, pero nadie parece interesado en hacerlo.

Cioran, que fue un amante incondicional de nuestra cultura, estuvo a punto de venir a España para estudiar con Ortega. Lamentablemente, estalló la guerra y se quedó en París.

Orteguianos ilustres, desde luego, no faltan.

Otro Premio Nobel, Saul Bellow, vino a confesar en su prólogo a una traducción de *La rebelión de las masas*: si este hombre hubiese escrito en inglés, todos seríamos orteguianos. En fin. A otros les gustará más Heidegger. Aunque ya sabemos a qué dio lugar su pensamiento.

4. UN CERVANTINO EN ALEMANIA

Háblame de tu formación germánica. Porque tú haces el camino de Alemania.

Un ayudante de Adorno, Schnädelbach, me preguntó una vez delante de Habermas: ¿Por qué Habermas es tan leído España? Pregúntele usted a Habermas, le dije. Pero Schnädelbach insistió que quería mi opinión como español.

¿Y Habermas no apostilló nada?

Sonreía en silencio. Estábamos en Hamburgo, en casa de Schnädelbach. Yo salí de aquello como pude y dije más o menos: Mire usted, es que los filósofos españoles tenemos un enorme complejo de inferioridad. De modo que aprendemos otro idioma, nos expatriamos un par de años y luego volvemos a contar lo que nos han enseñado.

La historia del filósofo de maleta.

Uno va a Alemania y se trae un montón de libros. Y cuando se le acaban vuelve a irse con la maleta vacía y regresa con más libros. Por no decirle, sencillamente, que Habermas estaba de moda.

Pero algo diría Habermas.

Lo único que hizo fue sonreír. Recuerdo que aquella noche pensé: Si esa pregunta se la hacen a Ortega, ¿qué habría contestado? Pues ahí está el «Prólogo para alemanes» de una obra tan importante como *El tema de nuestro tiempo*. Y cuando en el año 37 se hacen las ediciones extranjeras de *La rebelión de las*

masas, Ortega escribe un «Prólogo para franceses» y un «Epílogo para ingleses». Un gran filósofo debe preguntarse por qué es leído más allá de sus fronteras.

Lo que requiere acercarse a la cultura del receptor.

Aquí hemos tenido muchos «filósofos» de maleta. Nos contaban lo que hacían franceses, italianos, alemanes, etc. Pero lo que hace Ortega es formular una crítica a las filosofías alemana y francesa después de haberlas conocido.

Una diferencia considerable.

Y muy importante. Porque Habermas llegó a dar conferencias en el Congreso de los Diputados. Jürgen Habermas es un gran hombre. Cuando en el año 92 fue invitado a la Expo de Sevilla me hizo una llamada para preguntarme qué era aquello. Le habían ofrecido una cantidad exagerada por una conferencia de una hora. Estaba un poco sorprendido y me dijo que no iría, que no podía aceptar tanto dinero.

Tú fuiste a Alemania para estudiar con él.

Y con otro de los grandes, ya fallecido y al que quería muchísimo: Karl-Otto Apel. Por ahí tengo un libro que me dedicó. Un filósofo moral, neofundamentalista, un neokantiano de hoy. Y no, desde luego, «el último francfortiano», como dijo aquí su traductora en España para sorpresa del propio Apel.

Pero tú nunca te has considerado neokantiano ni habermasiano.

Yo hice mi tesis sobre la Teoría Crítica de la sociedad de la Escuela de Fráncfort. Concretamente sobre su noción de racionalidad. Pero creo que hay un corte radical entre Habermas y filósofos como Adorno, Horkheimer o incluso Marcuse. Radical. Porque estos pensadores nunca fueron kantianos *tout court*, sino más bien críticos del kantismo.

Habermas tenía en su despacho un retrato de Adorno para tener cerca al enemigo, has bromeado alguna vez.

Y muy seriamente. La *Dialéctica de la Ilustración*, de Adorno y Horkheimer, es una crítica muy dura a la modernidad. Muestra

cómo de la racionalidad puede surgir la irracionalidad. Mientras que Habermas es un defensor a ultranza del proyecto moderno, kantiano. Y yo he sido un crítico de ese fundamentalismo.

Ya en Argumentos para una época reflexionas sobre esto a partir de los críticos de Habermas.

Críticos de la racionalidad, de la Ilustración. Pensadores alemanes defensores de la primera Teoría Crítica. Pensadores nietzscheanos. Porque el principal crítico de la modernidad en Alemania sigue siendo Nietzsche. Y Habermas, que nunca ha concedido mucho a los críticos de la Ilustración, es muy anti-nietzscheano. Por ahí van mis diferencias.

¿Y en cuanto a su pensamiento político?

Una cosa muy valiosa de Habermas, como pensador que pasa por ser socialdemócrata, son sus análisis de carácter político, de cualquier coyuntura política. A veces son realmente magníficos. Es lo mejor de Habermas, que también es un extraordinario historiador de la filosofía. Pero yo disto mucho de esa propuesta racionalista que recoge en la Teoría de la Acción Comunicativa.

Una teoría muy influyente, cuya gestación grabaste en sus clases.

Y conservo las cintas. La Teoría de la Acción Comunicativa ha sido la gran propuesta de Habermas: la razón como diálogo, aunque con una serie de condiciones. Quizá lo que voy a decir sea muy fuerte. Pero yo creo que esa propuesta es un lenitivo, un placebo para unas sociedades occidentales que están muriendo. Es como decir: Señores, estamos en la ruina, estamos matándonos, pero podemos dialogar y llegar a un acuerdo. Pues mire, yo a ese proyecto no me apunto.

¿Quién ha formulado la mayor crítica a esa propuesta habermasiana?

Otro gran pensador alemán, poco antes de ser elegido Papa. Me refiero a Joseph Ratzinger, luego Benedicto XVI. Fue durante un encuentro entre ambos, hacia 2004, en la Academia Católica de Baviera.

Lo recuerdo, está publicado.

Ese diálogo cambió un poco la obra de Habermas.

¿En qué sentido?

Al parecer, en el proyecto habermasiano de secularización total, de radicalización de la razón, no pueden participar aquellos que tengan una mentalidad sustantivista o metafísica. Aunque Habermas estaría dispuesto a traducirlos, para que pudieran incorporarse a esa comunidad ideal de diálogo. A gente, insisto, que en teoría no debería entrar en la misma por sus concepciones teológicas.

Y Ratzinger le negó la mayor.

Vino a decirle: Pero ¿por qué no podemos entrar nosotros? Permítame, hombre, que lo que usted dice también se lo puedo traducir yo. Esto cambió un poco el proyecto de Habermas. Le abrió a la teología, que en realidad es racionalista y nada tiene que ver con la mística.

¿Cuándo te enfocas en el pensamiento en lengua española? Porque tú de Alemania vuelves también con España en la maleta.

Yo llego muy tarde a los grandes filósofos españoles del siglo xx. Sistemáticamente, digo. Había leído a Unamuno, sí. Pero a Ortega y a sus mayores discípulos empiezo a entenderlos muy tarde. Me refiero a María Zambrano y a José Gaos. Y lo mismo con otro orteguiano que no pasa por serlo. Hay gente que salta cuando digo esto. Pero el gran orteguiano del siglo xx es un Premio Nobel mejicano y se llama Octavio Paz.

O sea, que tu encuentro formal con estos pensadores es tardío.

Yo siempre barrunté que el pensamiento en lengua española se sirve en formas bellas. Eso de que nuestro pensamiento está en Lope, Calderón o Quevedo.

En nuestra gran literatura.

Pero es que nuestro mejor pensamiento filosófico *tout court* también se expresa en formas bellas. Incluso un pensador español como Santayana, que siempre escribió en inglés, lo hace con un

exquisito sentido estético. Coge *La vida de la razón*, *Los reinos del ser* o su novela autobiográfica *El último puritano*, marca de la gran narrativa americana. Por no ir a un imprescindible del siglo xx como Alfonso Reyes, al magnífico orteguiano que fue Julián Marías, o a gente como Laín Entralgo y Gregorio Marañón.

¿Qué singulariza a estos autores?

Y hablo de cultura estrictamente filosófica. De pensadores como Unamuno y Ortega. De libros como *La rebelión de las masas* y *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. ¿Dónde reside el matiz de estos filósofos, comparados con una gran cultura filosófica como la alemana?

Té escucho.

Pues que nuestra cultura filosófica es cervantina. Una cultura que no necesita de mediaciones, de grandes intérpretes. En esto Unamuno y Ortega han sido geniales. ¿Por qué un hombre de la calle, que no ha pasado por una facultad de Filosofía o Psicología, se compra un libro de Ortega? Porque le entra directamente en vena.

Quizá Zambrano tiene más dificultades.

No digo que estemos al margen de la hermenéutica. Pero sí que la diferencia fundamental de nuestra cultura —filosófica, literaria o artística— es esa cualidad cervantina que nos permite prescindir de grandes exégetas.

Entendemos mejor a Clarín que a Thomas Mann, decías en Otra realidad.

Es que es más fácil entrar en el siglo xix a través de *La regenta*, que hacerlo en el xx con una novela alemana como *El doctor fausto*. Hombre, uno puede necesitar un diccionario para consultar qué es un hipogrifo en una obra de Calderón de la Barca; a cuyos *Autos sacramentales*, por cierto, dedicó Von Balthasar un tomo de sus obras completas. En fin, da igual lo que se retroceda.

La cultura cervantina entra en vena.

Por eso cada filósofo español ha creado un género literario. Lo cual es compatible con la existencia de pensadores tan sistemáticos como José Gaos. Sin embargo, María Zambrano no tiene sistema. La española es una cultura tan rica como accesible. Y eso no es muy frecuente.

También hay una gran sistemática española en la escolástica.

Basta con repasar los siglos XVI y XVII. La Escuela de Salamanca sigue siendo impresionante. Suárez abre la Modernidad. Su obra *Las leyes* todavía es un referente. Pero ojo, que no estoy enfrentando el pensamiento sistemático con el literario. Lo que digo, en general, es que nuestra cultura filosófica no requiere de grandes mediaciones. O menos que otras.

Sin apelar al recurso de los caracteres nacionales.

El pensamiento es universal o no es. Aunque tampoco surge de la nada. Se piensa desde un país y en una lengua. ¿Admirar lo mejor de fuera? Siempre. Pero sin olvidar que el pensamiento español ha sido grandioso.

¿Y en qué momento se jodió el Perú?

Hay un pensador del siglo XIX, fallecido en el XX, con el que se corta nuestra tradición. Esta ha sido una de nuestras mayores desgracias. Porque es imposible entendernos sin un crítico como Menéndez Pelayo. Pero es que hay autores españoles del XIX que son fundamentales para el pensamiento político mundial del siglo XX.

Dame un ejemplo.

Donoso Cortés no influyó solo en Carl Schmitt. Yo de estudiante me quedé asombrado al descubrir que uno de los grandes conocedores de Donoso Cortés era Marcuse. De hecho, los españoles que en los años 60 iban a California para estudiar con Marcuse, se encontraban con que les hacía leer a Donoso.

Eso también nos recuerda que en los años 60 el suelo de la cultura dominante ya era anglosajón.

Las filosofías hegemónicas —y empleo el término en sentido político— han sido la alemana y la anglosajona. Ellos han

impuesto el modelo. Pero la filosofía en lengua española no tiene nada que envidiarlas.

La clave es saber recibirlas.

Y en esto Ortega es el parteaguas de nuestra filosofía. Porque fue un magnífico receptor de otras tradiciones, que supo transformar. Acercarse a Ortega es como entrar en un continente. Un día nos descubre un lago, al otro una montaña, luego un país...

Ortega te aligeró el equipaje alemán.

Yo tardé mucho en quitarme el pelo de la dehesa germánica. En descubrir algo tan básico como el pensamiento español en América. Quizá porque la filosofía alemana es muy pesada y es duro quitarse esa carga. Luego te das cuenta de que vivimos demasiado pendientes de lo que se hace fuera.

En Barcelona conocen a Lacan mejor que los franceses, bromeaba Gustavo Bueno.

Como ese artículo que me comentabas antes: hablar de la enseñanza de las Humanidades, en España, ignorando la aportación de Ortega. ¡Vamos a ver! Marta Nussbaum es una buena aristotélica estadounidense. Pero en España tenemos estudios sobre Aristóteles muy superiores a su lectura. Nuestra escuela de filología clásica es impresionante; ya hablaremos de ellos.

Tú ya eras un vitalista antes de leer a Ortega.

El primer debate filosófico carnal que vi en mi vida fue en segundo de carrera. En un congreso que organizamos varios estudiantes de la Complutense. Una especie de protesta por la forma de enseñar Filosofía en los años 70. Uno era un filósofo materialista, entonces marxista, que acabas de nombrar.

Gustavo Bueno.

Y el otro uno al que respeto mucho. Anarquista. Cristiano. También marxista en alguna época. Autor de cientos de libros y muy injustamente tratado por la academia: Carlos Díaz. Aquel fue un verdadero debate. Recuerdo que Gustavo Bueno, con esa vehemencia suya, dijo en un momento: ¡Si hace falta saco

la navaja para defender mis posiciones! Y sacó una navaja del bolsillo.

¿Y qué hizo Carlos Díaz?

Le sonrió y siguió su razonamiento en voz alta.

Genial.

Estuvieron magníficos. Yo en ese debate aprendí que la razón es apasionada. A mí los ilustrados pueden decirme lo que quieran. Pero las razones se defienden con pasión. La razón es apasionada o no es. Luego, Carlos ha desarrollado una teoría sobre lo que llama la «razón cálida», que rescata de la tradición judía; aunque yo ese enfoque no lo comparto demasiado. Pero lo respeto, y mucho.

¿De qué año estamos hablando?

1972. Fue en el Instituto Luis Vives del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con el preceptivo cinturón policial. En la Facultad no nos dejaban hacerlo. El decano nos propuso montar una rondalla... El congreso lo titulamos «¿Qué es Filosofía?». Ya sabes que uno de los temas de reflexión del filósofo es su propio saber. Por entonces Gustavo protagonizó otro debate fundamental sobre este asunto. Pero en otro foro. Fue con Manuel Sacristán, un filósofo y traductor marxista que había estado en la Falange. También muy maltratado por la academia, pues no le permitieron ser catedrático.

¿Quién más participó en aquel congreso?

Yo llamé a muchas puertas. Aunque algunos no quisieron arriesgarse. A Zubiri, por ejemplo, no logré persuadirle. Pero él a mí tampoco de que no fuera a molestarle. Me recibió varias veces. Siempre fue muy amable. Tampoco lo conseguí con Aranguren. Sin embargo, mi profesor José Luis Pinillos, entonces catedrático de Psicología, sí acudió con su amigo Laín Entralgo, un hombre encantador. Y también otro que había sido falangista y luego comunista, Carlos París. Por no olvidar que Tierno Galván nos dio una ponencia sobre Spinoza.

¿Qué recuerdo conservas de la universidad tardo franquista?

El de haber tenido grandes profesores. Sobre todo, en Políticas y Sociología. En Filosofía menos. Aunque también los había. Recuerdo a un hegeliano, Antonio Pérez, extraordinario docente y bellísima persona. Pero es que en Políticas me dieron clase Luis Díez del Corral, José Antonio Maravall, Juan González Encinar, Paulino Garagorri, Manuel Fraga... Es decir, grandes profesores.

No está mal.

En aquella Complutense hubo grandes pensadores. Como aquel irónico schopenhaueriano, falangista y buen poeta, que fue Leopoldo Eulogio Palacios. Yo recibí una magnífica formación. Claro que había mucho neoescolástico de cartón piedra y gente mala. Pero habiendo tenido profesores como los que te he citado, no tengo por qué quejarme.

En una entrevista del año 78, Gustavo Bueno decía desde una biblioteca universitaria: Todos estos libros estaban aquí durante el franquismo. Entonces los colocábamos en las baldas bajas para no llamar la atención, pero los leía todo el mundo. Ahora están en las altas y no los lee nadie.

En los años 70 se leía mucho. La sociedad civil española estaba ya muy avanzada. No teníamos democracia. Pero había una inmensa actividad filosófico-política que hacíamos donde podíamos.

Como en la universidad.

Yo en Filosofía leí a Marx sin ningún problema. Aprendimos mucha filosofía extranjera. Como decían que la española era mala nos daban mucha producción francesa, italiana, alemana, anglosajona. Entonces se hicieron grandes traducciones. El cura Aguirre, luego Duque de Alba, tradujo las *Iluminaciones* de Benjamin a principios de los años 70... Se traducía todo.

5. DE FRÁNCFORT A MONTERREY

Aplicándote la razón vital dijiste una vez: Me arrepiento de haber sido demasiado atrevido.

Dogmático querría decir. Pero nunca en lo político. Yo siempre he defendido la política y eso en España no abunda. Y no hablo de política marxista o liberal, sino de política como factor de emancipación, como necesidad. La política no es ni buena ni mala. Es absolutamente necesaria. Sin ella, la sociedad y el individuo desaparecen.

Dogmático entonces.

A veces no he sido lo suficientemente autocrítico. Y uno tiene que ponerse en cuestión permanentemente. De lo contrario no hay avance. Cuando alguien defiende siempre lo mismo a veces pienso: Que le lleven a un zoológico. Es como esa crítica vulgar a la política: ¡Ha cambiado de chaqueta!

Es que hay chaqueteros profesionales.

Pero la idea de aferrarnos a unos principios inamovibles no tiene nada que ver con la política. Formará parte de la teología, de la religión, de la moral. Pero no de la política.

La idea de un político sin principios no parece muy edificante.

Cuidado, que no estoy haciendo un canto al cinismo. Lo que digo, por ejemplo, es que si un partido propone algo y la ciudadanía responde todo lo contrario, a lo mejor hay que ser receptivo.

Antidogmático.

Yo he leído mucho a Horkheimer y Adorno, que son muy escépticos. El concepto de identidad, por ejemplo, muy utilizado por el idealismo alemán, yo lo aprendí de un filósofo con orígenes españoles como Adorno. Aunque la crítica a la razón de la Escuela de Fráncfort está hecha con categorías de la propia racionalidad, y ese es el gran fracaso de la filosofía alemana.

Aclárame esas raíces españolas de Adorno.

Theodor W. Adorno tenía una bisabuela de Cádiz. Yo en Fráncfort conocí a su viuda, Gretel Adorno, que vivía cerca de mi residencia. Ella me confirmó que los antecedentes sefarditas de Adorno eran gaditanos. De ahí ese apellido materno que siempre usó como principal. Pues nunca se dejó llamar por el primero: Wiesengrund.

¿Y qué es lo que decía, Adorno, sobre la identidad?

La identidad es la conciencia de la no identidad. Es decir, no te cierras al cambio, al otro. En cierto sentido, es lo contrario de lo que piensa un profesor que tú conoces y al que yo quiero mucho, Fernando Muñoz, que es la identidad en sí mismo, el hombre auténtico.

De una pieza.

Eso. Él sigue una línea de pensamiento coherente, muy honrada. Yo no tengo nada en contra del pensamiento dogmático. Lo que yo combato son los malos dogmas. O que nos hagan pasar por dogma cualquier imbecilidad. Si un dogma es genial habrá que defenderlo. Pero por lo genial, no por lo dogmático.

Un poco Maquiavelo sí que eres.

Quizá en una cosa que tengo muy clara. Nunca me arrepentiré de lo que no he hecho. Hay gente que no hace las cosas por miedo. ¡Lánzate!, les digo. No, me contestan, es que me voy a arrepentir... ¡Pues arrepíentete, hombre, pero inténtalo al menos! Lo más triste del mundo es entregarse a miedos inútiles. Uno de los modos más dañinos es el miedo a la libertad y a las bellísimas responsabilidades que trae consigo.

Ahora entiendo por qué admiras la vehemencia de José Vasconcelos, tanto como la medida de Alfonso Reyes. El rayo y la concordia, decía un libro sobre ambos.

El gran novelista de Méjico sigue siendo Vasconcelos. Alguien que lea *La Flama* y no se emocione no merece la pena.

El tomo maldito de las memorias de Vasconcelos.

El que tiene como eje central la Guerra de los Cristeros. Pero los otros también son maravillosos: *Ulises criollo*, *La tempestad*, *El desastre*, *El proconsulado*... Las memorias de Vasconcelos son una narración impresionante. La literatura mejicana no ha vuelto a dar algo tan potente. Tú las conoces bien y sabes lo que digo.

Pero Alfonso Reyes es otra cosa.

Reyes es la continuación del gran literato español que limpió el castellano del siglo xx: Azorín. Nadie puede escribir sin haber pasado por Azorín. Y creo que Alfonso Reyes está en su estela. Por eso su lenguaje es perfecto. Alfonso Reyes no se puede comprender sin Azorín. Y tampoco sin Menéndez Pelayo, que aparece permanentemente a lo largo de toda su obra.

Reyes no era filósofo, pero conocía muy bien el mundo griego.

Reyes hizo con ese mundo, sin hablar griego, una cosa tan fundamental que hasta Werner Jaeger se la reconoció.

¿El autor de Paideia?

Los ideales de la cultura griega... El gran filósofo de los estudios griegos en Alemania. A Jaeger, que estuvo exiliado en Estados Unidos durante el nazismo, Reyes le enviaba sus novedades. Y le decía con su tono humilde: Le envió este librito mío para la divulgación de obras griegas, etc. Hasta que un día Jaeger le respondió: Don Alfonso, déjese de tanta modestia que usted ha conseguido lo que yo no le logrado en cuarenta años: hacer a los griegos actuales. Ese es el prodigio de Reyes. La finura de su clasicismo. Nadie como Reyes ha hecho actual a los griegos.

Es decir, que urge reconocer la actualidad de Reyes.

El deslinde podría estudiarse en todas las facultades de Filología para aprender qué es la crítica literaria. Una obra prodigiosa, sutilísima. Pero en España dices eso y piensan que eres un bobo. Nadie conoce a Reyes. Ni su crítica ni su narrativa. ¡Tampoco conocen a Gaos!

¿Escribió ficción, Alfonso Reyes?

Ficciones, precisamente. Y mucho mejores que las de Borges, que seguramente de ahí tomó el título para las suyas. Una obra maestra de la narración breve. Reyes forma parte de esa tradición hispánica que entra fácilmente. Leer a Reyes es algo sosegado. Es como leer a Azorín, a Picón Salas o a María Zambrano. Escritores que hacen del estilo, sí, pensamiento.

Como Vasconcelos. Y vuelvo a ese contraste entre ambos: el rayo y la concordia.

Vasconcelos y Reyes son dos hombres condicionados por una circunstancia radicalmente distinta. La vida de Alfonso está marcada por la muerte de su padre, Bernardo Reyes. El único general liberal que se opuso a la Revolución. El hombre llamado a suceder a Porfirio Díaz. Alfonso Reyes todavía no es reconocido en su país todo lo que debiera, porque en el último siglo Méjico solo ha vendido su revolución.

Que como siempre recuerdas fue el modelo de la soviética.

Ambas responden al mismo patrón sanguinario. Nunca se olvide. La muerte del general Reyes abocó a su familia al exilio y Alfonso tuvo que aprender a templar gaitas. De ahí la concordia. Fue un hombre pacífico que contribuyó a su país a través de sus libros. Su obra completa, que tienes ahí en veintiséis volúmenes, es su mejor legado a México.

Aquí publicó Cartones de Madrid, Visión de Anáhuac...

Reyes tuvo la fortuna de encontrarse con Ortega y Azorín al llegar a España. Las relaciones entre Ortega y Reyes son importantes. Al final hubo algunas discrepancias que Reyes limó, pues reconocía la genialidad de Ortega.

Hay en esa familia otro personaje relevante para España.

Rodolfo Reyes. El hermano mayor de Alfonso. Una vida apasionante. Él está con el padre cuando lo matan. Luego es apuntado ministro de Huertas. Pero renuncia porque le amenazan con asesinar a su familia. Entonces se instala en Madrid

como abogado. Sus memorias, magníficamente escritas, son muy interesantes. No olvidemos que dos hijos de Rodolfo Reyes fueron cofundadores de Falange Española.

¿Quién da, en Méjico, continuidad a la tradición humanística de Alfonso Reyes?

Gabriel Zaid. Ingeniero, poeta y el gran ensayista mejicano contemporáneo. Que en Monterrey tuvo como maestro a un exiliado español que regresó a España en los años 50 y pasa por ser uno de los jóvenes orteguianos: Rafael Dieste.

¿Alguien más?

Octavio Paz, naturalmente. Pero Zaid es quien mejor ha seguido la corriente crítica y humanística de Alfonso Reyes.

O sea, que hay un hilo orteguiano entre Alfonso Reyes, Octavio Paz y Gabriel Zaid.

Un hilo que no se explica porque se ignora. ¡Pero no el hilo, sino a sus autores! A mí un cretino me decía de Alfonso Reyes: Bueno, es una figura menor. Pero este majadero, con puestos de responsabilidad universitaria, es el mismo que dice que el concepto de modernidad en Ortega es mediocre. ¡Qué vas a dialogar con gente así!

Lo que pueda opinar de Zaid ni te lo pregunto.

Poco importa. Gabriel Zaid es nuestro Steiner contemporáneo. Si alguien se merece el Premio Cervantes, ese es Gabriel Zaid. Yo intenté que se lo otorgaran cuando estuve representando en Méjico al gobierno de España. Pero la incultura de nuestras elites políticas no tiene fondo. Las elites españolas son malas. Muy malas.

En Diario de México recoges tu experiencia como consejero de Educación para la Embajada de España.

No. Tengo un gran cariño por ese libro. Pero sobre ese tema he escrito un diario inédito mucho más duro. Ya lo daré a conocer.

¿Cuál era tu misión en Méjico?

Una misión despreciada. Hay que empezar diciendo que Cultura y Educación están separadas en dos ministerios. Algo que nunca he comprendido. ¿Es que puede haber una educación sin cultura, o una cultura sin educación? Pero al margen de esto, el problema es la falta de interés por un proyecto.

Como si fuera una cuestión menor.

Seguramente por eso del complejo de inferioridad nacional. El ejemplo más sobresaliente es que ningún gobierno se ha tomado en serio el Instituto Cervantes.

Tú sostienes que estos institutos están desaprovechados.

Son meras escuelas de lengua española. Pero no transmiten una concepción de nuestra cultura, que nada tiene que ver con la alemana o la francesa. Antes el francés era el idioma diplomático. O eso decían. Ahora ya no lo habla nadie. Como el alemán, que se usa en el país, en los Sudetes y en Austria. Pero la cultura hispánica es mucho más importante.

La lengua como vehículo cultural.

Hubo una gran persona que lo intentó. Luis Alberto de Cuenca. Un hombre con un sentido serio de la cultura. Él sí defendía esta idea sobre los institutos Cervantes. Por desgracia, como Secretario de Estado fue vencido.

Al menos funcionará bien como escuela de idiomas.

Tiene uno de los métodos más avanzados del mundo para la enseñanza del español como lengua extranjera. Incluso el modo de examinar es fabuloso. No hay nada semejante para el aprendizaje del español como segunda lengua. Desgraciadamente, también funciona muy bien para repartir prebendas entre los amigos del poder de turno.

Una forma de proyectar en el exterior lo peor de nuestra cultura.

Los institutos Cervantes podrían ser el gran vehículo para proyectar lo mejor la cultura hispánica en el exterior. Y esa labor podría hacerla un español, un chileno, un argentino o un colombiano. Institutos Cervantes tendría que haberlos en Ciudad

de Méjico, en Buenos Aires... Este es el fracaso de la cultura en lengua española. El fracaso de la propuesta que tenían Reyes y toda esa generación de los años 40 y 50 del siglo pasado.

La generación que recuperó lo que nos hermana.

Un concepto cultural llamado Hispanidad que se ha ido al traste por motivos de carácter irracional. Porque a nuestras elites no les motiva la cultura. Van a sus puestos sin saber a dónde. ¿Argentina? Pues a Argentina. ¿Y qué es Argentina? ¡Qué más da!

No reconocemos la historia común.

Es terrible que no haya una Historia de Hispanoamérica. Pero ¿cómo vamos a pretenderla si no tenemos una de España? Esto para un británico es inconcebible. Un británico tiene una Historia. De Gran Bretaña y de la Commonwealth. Ese es un naufragio que nos lastra en lo económico, lo social y lo político. Cuando uno se niega a sí mismo no hay nada que hacer. Hay un libro, por ahí, titulado *Aires de familia...*

Lo conozco.

Y al menos este reconoce que tenemos algo en común, aunque sean aires. Yo en Méjico, durante mi servicio, descubrí cosas realmente bochornosas. Un día le dije a uno de los que mandaba allí: Oiga, que aquí no hay bandera española. Bueno, me contestó, es una cuestión estética menor. Vamos, que mientras aquello siguiera rodando el resto no les importaba. Yo nunca pude hablar con el ministro. Y creo que todo aquello dependía de una Secretaria de Estado que era especialista en genes de animales. Recuerdo que programé unos cursos de Lectura y Educación. Una cosa muy sencilla. Es la primera vez que se ha hecho, me dijeron extrañados.

Pero organizaste algunos actos relevantes.

Hicimos un homenaje a Gabriel Zaid, al que es muy difícil llegar porque no concede entrevistas y no deja que le fotografíen. Acudieron intelectuales como Enrique Krauze o José Emilio Pacheco, que por cierto fue su última intervención, pues luego

falleció. Un hombre entrañable, muy buen novelista: Yo hace mucho que no salgo de casa, me decía, pero por Gabriel Zaid voy a donde haga falta.

Tu primer fracaso fue nada más aterrizar.

Entonces había en la Biblioteca Nacional de España una exposición por el 450 aniversario del nacimiento de Góngora. Y hablando por teléfono con Gabriel Albiac salió la idea llevarla a Méjico. Yo se lo comenté a Zaid y me sugirió juntarla con una sobre Sor Juana Inés de la Cruz.

Un plan ambicioso.

Conseguí reservar, inmediatamente, el centro cultural por antonomasia de Méjico D.F.: el Palacio de Bellas Artes, un espacio que suele solicitarse con años de antelación. Luego llamé a Madrid y envié la propuesta. Pedí la cesión de algunas piezas e informé que el Estado mejicano correría con los gastos. Me respondieron que era una locura. Tuve que hacer no sé cuántos informes y se negaron a todo.

Lo de Garci te salió mejor.

Yo acababa de sacar un libro sobre su cine, *Del sentimiento*. Y como Méjico ha tenido una enorme cultura cinematográfica durante los años 40 y 50, pensé que llevar a nuestro primer Premio Oscar era buena idea. Pero me dijeron que no había dinero.

¿Y cómo lo hiciste?

Por mi cuenta. Llevé a Garci sin que al Estado español le costara un duro. Proyectamos sus películas en el Palacio de Bellas Artes, en el MUNAL y en la propia Consejería de Educación. También intervinieron otros cineastas. Y sobre todo ese excelente narrador mejicano nacido en Santander el año 31, José de la Colina, que fue muy amigo de Buñuel. Su libro sobre el aragonés es de cita obligada. Mantuvo un coloquio muy enriquecedor con Garci sobre *El abuelo*. Aunque de la Embajada solo fuimos este servidor y el consejero de Empleo, el único que me ayudó. En fin, hicimos muchas cosas, pero ya llegará el día de hablar de ellas.